

Ella es, sirviéndome de una comparación familiar, un taller donde los artesanos y los artistas, con la aynda de la primera materia que se llama niño, tan preciosa y delicada, la preparan como producto de su arte y de su industria para formar la futura sociedad. La materia es grave, las circunstancias por las que atravesamos, son comprometidas. Se trata nada menos que de la raíz de la vida social; ved por qué la cuestión de las escuelas preocupa à todos; ved por qué turba las conciencias é impresiona à todos los corazones. Para aclararla pues, y precisarla, digamos lo que es un niño: qué es, y qué debe ser una nación: y lo que deba ser una escuela.—Entre-

mos en materia. I.
Aproximáos callandito à aquella blanca cuna de la que la jóven madre levanta delicadamente su cortina, y contemplad entonces à un tiernecito niño dormido, cuya faz sonrosada rodeada por los blondos bucles de su cabellera, se asemeja à una cabeza de ángel en un cuadro dorado. Observador desinteresado, filósofo à quien las apariencias cautivan menos, pero que engañan como à tantos otros, ¿qué pensais de ese niño? ¿Qué misterios tan profundos se encierran en esa cuna! Allí está en aquel pacífico tabernáculo un espantoso caos; allí encontrareis lo que puede haber de mejor y de peor sobre la tierra, una misteriosa amalgama de ángel y de demonio, de Dios ó de Satan. Dejad que pasen unos días y encontrareis en aquel niño, todo à vez, los instintos más elevados y los más corrompidos. Encontrareis una inteligencia que reconocerá lo verda-

dero cuando le sea presentado con toda la certidumbre de que sea capaz para que lo conozca; una conciencia para distinguir el bien del mal con seguridad, sin que nada lo pueda engañar; un corazón que será familiar à los entusiasmos del amor, y capaz en sus arranques de los sacrificios más generosos. Pero allí encontrareis también, por un lamentable contraste, una increíble inclinación al error y à la mentira, un atractivo hácia el mal, pasiones las más vergonzosas, vicios los más degradantes. Tales corrientes simultáneamente contrarias, crecen con el niño, se desarrollan al mismo tiempo que sus facultades, resultando al tiempo de su mayor crecimiento, que sobre ser terribles las unas y las otras, preparan al niño à aquel espantoso campo de batalla en que al despertar se encuentra sumido. Para entonces está reservado ese doble trabajo que la Providencia ha destinado para la formación del hombre, y que sería tardía, y por consiguiente infructuosa, sino comenzara en la escuela con su vida. Se trata de separar de esa amalgama, los elementos que son buenos de los que son malos. Hé aquí la obra de la educación, *educere*, que consiste en separar el bien del mal, en destruir en cuanto sea posible el mal en beneficio del bien, obra tanto más delicada, cuanto que este pequeño ser tan tierno, debe efectuarse sobre lo que tiene de más delicado, sobre su corazón, obra para la que la Providencia ha destinado expresamente la mano de la tierna madre, la primera, la única, que se ha juzgado digna de tocarlo. Se trata, pues, de separar al niño del mal, de trabajar con él, y con un ardor y perseverancia inaudita, en pu-

rificarlo y educarlo para levantar en su corazón el edificio de los conocimientos necesarios al hombre. Hé aquí la obra de la *instrucción*, *instruere*, que tiene por objeto adornar el espíritu, esclarecer la inteligencia para hacer al corazón más fuerte y à la voluntad más enérgica.

Es de moda en el siglo por el que atravesamos creer y repetir que la instrucción basta para formar al hombre, y que nuestro deber se reduce à instruirnos é instruir à los demás. Por por lo que respecta à la educación, se afecta desconocerla para no tener la necesidad de discutirla; y por desconocerla, cuán terribles son las consecuencias que tenemos que sufrir de principio tan erróneo: debe ser así; porque las leyes de la lógica son inexorables. Está bien que ese principio pase para el libre-pensador que no admite la intervención de Dios en el mundo, ó para los que creen que el niño no está colocado en esa alternativa de bien y de mal, como resultado de la prevaricación de nuestros primeros padres; pero para un católico que tiene la dicha de guiarse por la divina revelación que con su refulgente luz ha esclarecido los senderos oscuros de nuestro principio y nuestro fin, ¡á qué abismos, no nos conduce tan extravagante doctrina! Si es permitido pues prescindir de la educación, ¿con qué derecho entonces os permitis combatir las inclinaciones del niño? ¿Qué derecho tenéis para contradecirla? ¿Con qué derecho lo castigais? Si convenis en fin que ellos tienen malas inclinaciones y que por ellas deben algunas veces ser castigados, ¿con qué derecho venis pues ahora à suprimir en pleno siglo diez y nueve el trabajo más esencial para la

formación del hombre, atendiendo solo à lo accesorio? ¿Con qué derecho suprimis la cultura del corazón, atendiendo solo à la del espíritu? ¿Qué facultad tenéis en fin para posponer la educación à la instrucción?

¿Os habeis dado ya cuenta de la obra que preparais? ¿No comprendéis que ella está hecha para inspirar el terror à las generaciones futuras, así como para llamar sobre vuestras cabezas las terribles maldiciones de Dios? Sí; porque educar à un pueblo con sola la instrucción, sin la educación, es querer edificar un palacio sin cimientos, es quererle dar solidez en la inconsistencia de la arena. ¿Quereis formar un hombre sin tener en cuenta los insondables misterios de su corazón para retirar de allí sus malas inclinaciones? ¿Prescindís de esto con pretexto de que que no existe esa contradicción? Ah! cuidado, hombres incautos, porque las generaciones no subsisten sino por las cualidades del corazón, y ellas no se arruinan sino por su perversidad; con sola la instrucción sereis sabios, pero no hombres honrados; mientras que el hombre virtuoso, será ignorante, pero buen ciudadano. Ah! temamos à un ejército armado de paisanos virtuosos que no sepan ni leer ni escribir, y que quieran plantar su estandarte sobre la cúpula de nuestras universidades, pero espántémonos, huyamos con horror de otro que aunque instruido, carezca de la educación; porque el primero, aunque ignorante, se contendrá; pero el segundo, aunque sabio, no lo hará, porque la ciencia sin la educación es un fuego que devasta. Os conjuro pues en nombre del honor y de la independencia de nuestra patria, para protestar contra ese error capital, y de oponeros con

todas vuestras fuerzas de que podáis disponer, contra esa corriente fatal, y para proclamar, siempre, y muy alto, la superioridad de la cultura del corazón sobre la del espíritu, y del honor sin saber, sobre el saber sin honor.

En la obra de la educación se tropieza con condiciones favorables y desfavorables que es necesario tener en cuenta, si queremos el buen éxito en este trabajo. En la persona de la madre, del padre, hermanos y hermanas, encuentra el niño en todos, el bien que se le inculca, con exclusion de todo mal; lo que es favorable para su formación. La madre, con su voz, sus miradas y tiernas caricias, le hace sonreír, como el sol con sus rayos hace brotar las flores; y valiéndose de este predominio, le inspira el amor, la bondad, la esperanza y el consuelo, sentimientos que sobre ser dulces, quedan indelebles en su corazón, dejándole marcadas sus huellas hasta su ancianidad, en la que con indecible placer las recuerda. Su padre, á quien ella enseñó á conocer y á nombrar, con su voz más grave, con su rostro más severo, y su firme continente, le inspiran el temor, le comunican con su presencia la noción del respeto que lo preservará en sus arranques de la precipitación, y pondrá un freno á sus pasiones. Crecerá así el niño entre el respeto y el amor contenido por ambos al mismo tiempo; así aprenderá de los dos á hacerse hombre, lo que conseguirá continuando esta influencia en la escuela, en la que si se carece de esos elementos que debe tener, la obra se perderá por la falta de trabajo, y más cuando entonces se necesita más, porque la planta necesita de más cuidado, pues está desarrollándose y comen-

zando á fructificar.

Otra condicion favorable para la educacion es aquella pureza de inteligencia que hace creer al niño todo lo que se le dice por el solo echo de que se le dice. Por naturaleza es crédulo y confiado. No le engañeis pues, por que entónces le inferis una herida que no cicatrizarán ni todas las lágrimas que vierta, y que quizá jamas cicatrizará. Hay en la decepcion de este infante engañado una especie de dolor intelectual cuya amargura no tendria término, y que suscitará no sé que indignacion íntima que lo precisará á usar de represalias autorizándolo á engañar tambien, á su turno. Esta pureza de fé infantil tan amable y digna de veneracion, cuando la haya perdido, jamas la volverá á encontrar. Por Dios, pues, no engañeis al niño, ni dejéis que otro le engañe.

A este candor de espíritu es necesario añadir tambien la delicadeza de una conciencia inmaculada que ni siquiera sospecha la existencia del mal. No sabe todavía el niño hablar cuando ya con sus gestos, por la expresion de su rostro, manifiesta la repugnancia que tiene á todo lo que se le dice ser malo. No escandaliceis pues jamas á ese tierno y delicado corazón. Todavía más que la mentira, el mal ejemplo, el mal consejo, le abriría otra herida que como la otra será incurable y que tampoco se cerrará jamas. Con condiciones tan favorables, ¿qué no puede esperarse de la educacion del niño? ¡Ah pero al lado de estas, con cuantas desfavorables no tiene que tropesarse al emprender su educacion!

[Continuará]

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 4. Guadalajara, Setiembre 22 de 1883. NUM. 18.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia.

DISCURSO

de Gugliemotti al Santo Padre, y contestacion de Su Santidad, al mismo.

Santísimo Padre:

Si la asociacion que tiene hoy el honor de ser admitida á Vuestra soberana presencia, no es la más rica, es al menos la más vasta de todas las asociaciones católicas. Tomando el nombre del Santo fundador de las Hermanas, de las Hijas de la caridad, la sociedad de San Vicente de Paul ha nacido en Paris, hace hoy cincuenta años, bajo los auspicios de esos ardientes jóvenes á cuya cabeza figuran Bailly y Ozanam. Esta asociacion, la más caritativa que haya visto la luz en este siglo de revoluciones, tiene cofrades en el mundo entero. Su consejo general reside en Paris, y sus consejos superiores y particulares, que se han establecido en casi todas las principales ciudades de la tierra, rijen sus innumerables conferencias, y cada una de éstas se ocupa á su vez de los pobres de las parroquias que les están asignadas.

En el jubileo de nuestra Sociedad, tres grandes pasiones que la caridad resume en una sola, animan nuestro espíritu: Dios, su Vicario sobre la tierra, y los pobres. Dios, para darle gracias por la proteccion que nos ha dispensado y con cuya ayuda hemos podido cumplir nuestra mision de alivio material y moral acerca de tantos desgraciados; los pobres, para derramar entre ellos con más abundancia el óbolo de la misericordia; su Vicario sobre la tierra, para prosternarnos á sus piés y recibir de El la bendicion apostólica.

Únicamente, oh Santísimo Padre, para afirmar nuestra fé y nuestro amor, hemos llegado hasta Vos. No podemos, como querriamos y deberiamos, aliviar en algo Vuestra augusta pobreza; pero al menos nos será posible secar algunas de vuestras lágrimas y procuraros un consuelo á Vos, que las verteis tan abundantes sobre las almas de vuestros pobres hijos. Con esa grandeza de alma, Santísimo Padre, que es característica en un gran Pontífice como Vos, dignaos aceptar los votos que formamos por Vuestra prosperidad y la conservacion de vuestra preciosa existencia, prenda de los futuros triunfos de la Santa Iglesia.

No todos los hijos de San Vicente están aquí reunidos; pero os traemos los ho-